

JESSY CHAMORRO-SALAS nació en 1990 y vive en Maipú. Estudió una licenciatura en lengua y literatura hispánicas y una pedagogía en lenguaje y comunicación, oficio que ha desempeñado desde entonces. También es magíster y actualmente está finalizando su doctorado en literatura en la Universidad de Chile. Fue columnista de teatro en el diario *Cine y Literatura*, y colabora en *La Otra LIJ*. *Corsé* es su primera colección de cuentos.

CORSÉ

JESSY CHAMORRO-SALAS

CORSÉ



© Jessy Chamorro-Salas
ISBN: 978-956-8681-98-2

© Derechos para esta edición:
2021, SANGRÍA EDITORA
Las Torcazas 103, departamento 604, Las Condes, Santiago de Chile
www.sangriaeditora.com
sangriaeditora@gmail.com

Aunque adopta la mayoría de los usos editoriales del ámbito hispanoamericano, Sangría Editora no necesariamente se rige por las convenciones de las instituciones normativas, pues considera que —con su debida coherencia y fundamentos— la edición es una labor de creación cuyos criterios deben intentar comprender la vida y pluralidad de la lengua.

Edición al cuidado de Mónica-Ramón Ríos, Angelo Alessio, Carlos Labbé, Camila Soto Illanes y Martín Centeno.
Diagramó el libro Carlos Labbé.
El diseño de colección y de la portada fue realizado por Joaquín Cociña.

Esta primera edición se terminó de imprimir en octubre de 2021 en Print Factory.
Impreso en Chile.

Permitimos la reproducción parcial de este libro sin fines de lucro, para uso privado o colectivo, en cualquier medio impreso o electrónico. Si necesitas una reproducción íntegra por favor comunícate con las editoras y los editores.

ÍNDICE

I. Anónima.....	11
En Baquedano.....	15
El Bicho.....	25
La Repsol.....	29
Se tatuó.....	33
Los episodios.....	43
La paseante.....	53
El profesor.....	61
Las polillas.....	71
Continuidad del espejo.....	77
Al ritmo del temporizador.....	89
Dayana.....	103
Su maquillaje.....	109
Cándida.....	113
Laura, Luis, Lucía.....	123
Ernestina.....	141
II. Corsé.....	157
Las que van quedando en el camino.....	161
Las flores del mal.....	173

I
ANÓNIMA

*Yo soy toda innegable,
yo soy toda verdad.*

Mara Rita

EN BAQUEDANO

Siempre se juntaban bajo la estación de metro Baquedano. Él se sentaba en la escalera frente a la boletería a esperar que ella apareciera entre la multitud de personas. Siempre unos minutos más tarde, la veía llegar un poco apurada. Su morral, cruzado y, sobre su cabello, un cintillo que combinaba a la perfección con algún elemento de su vestimenta. Venía de la Facultad. A veces aún le quedaban manchas de pintura en las manos o sin querer había gotitas de acuarela en su pantalón de lino, o en la blusa algún rastro de arcilla. De vez en cuando, sin querer, al abrazarlo le manchaba la camisa o el rostro recién afeitado. Sus abrazos siempre eran estrepitosos, como si no lo hubiese visto en meses, pues aún no estaba acostumbrada al ritmo de verlo solo un par de veces a la semana. Sus manos cariñosas le desaliñaban el cabello engominado, pero a él no le importaba. Salían de la estación rumbo a la cafetería de la esquina a tomar once. Ella siempre pedía un jugo de frutas y un wrap, y, cuando

era invierno, un té de algún exótico sabor acompañado de una medialuna. Él, un mocaccino y un sándwich aliado, costumbre a la que no renunciaba.

Paseaban por el Parque Forestal de la mano, conversaban largamente entre besos y caricias entrañables. Pasaban la noche en su departamento y a la mañana siguiente compartían la tranquilidad de saberse juntos en un paréntesis. El desayuno consistía en unos huevos revueltos, marraquetas tostadas y luego el ritual de ir al supermercado a comprar lo necesario. Él debía estar atento a su celular, a veces lo llamaban y debía irse y ella se quedaba allí, en medio de un almuerzo familiar, en pleno rito del desayuno, o en un pasillo del supermercado con un carro repleto de mercadería. Ya estaba acostumbrada, cuando aquello ocurría volvía al departamento, ponía su atril y pintaba durante horas hasta que él llegara. Tenía una colección interminable de pinturas realizadas durante aquellos interludios.

Me tuve que bajar en estación Cumming ese día porque habían cortado el flujo del metro. Mis compañeros me avisaron que nos juntaríamos afuera de esa estación y que de ahí caminaríamos hacia la casa de la Jo, para terminar un proyecto de la universidad. La calle era un caos, algunos compañeros gritando consignas, otros encapuchados, y de lejos el sonido del guanaco que se acercaba. Todo por los treinta pesos que habían subido

al pasaje del metro, que en verdad representaban solo la punta de un iceberg de tres décadas, o de cuarenta y seis años, si soy más exacta. Nos fuimos directo a casa de la Jo y ahí nos dimos cuenta de que eso estaba ocurriendo en muchos lugares, que estaban cerrando todas las estaciones y que la gente estaba caminando desde Apoquindo a Maipú, de Independencia a San Ramón, porque no pasaban micros. La Jo prendió la tele y vimos que en todos los canales estaban mostrando extras noticiosos con imágenes de masas de gente en paraderos y bajando por las grandes avenidas. Nos quedamos allí, pegadas en el WhatsApp de los compañeros de la facultad pues al día siguiente habría una asamblea y se votaría paro, al igual que en las demás facultades. Casi no avanzamos en el proyecto.

A la mañana siguiente las redes sociales estaban llenas de videos de gente protestando, de manifestaciones en distintos puntos de la capital e incluso del país. Pronto la tele comenzó a mostrar despachos en vivo sobre vagones y estaciones de metro incendiándose. Nos parecía una extraña coincidencia que eso pasara, tantas estaciones de metro quemándose con solo algunos minutos de diferencia. Y la radio anunciaba reuniones urgentes en La Moneda. Vino el toque de queda. Él me avisó que estarían acuartelados y expectantes. Nos comunicábamos a través de mensajes desfasados.

Con el paso de los días, los cacerolazos fueron la música que acompañaba las noches. El supermercado que estaba a cuerdas de casa de mis padres fue saqueado, como muchos, otros fueron también quemados. Nadie sabía nada. Todos especulaban y las redes sociales estaban atestadas de videos con escenas que nos erizaban la piel y nos hacían salir a las calles con pancartas, silbatos y haciendo sonar pequeñas pailas que ya estaban abolladas de tanto tirar. Día por medio nos juntábamos en la facultad, aunque las clases estaban suspendidas hasta una nueva asamblea, a planificar cómo nos manifestaríamos el viernes en la marcha que ya todos sabíamos que iba a ocurrir, como había venido sucediendo por varias semanas. Los viernes llegábamos a mediodía al departamento de la Jo, que era el más céntrico, nos acomodábamos ocho o a veces diez compañeros en los pocos metros cuadrados que había, extendíamos los lienzos, algunos llevaban pinturas, otros pinceles, otros ideas. La Jo lideraba el grupo, y como antes había sido dirigente estudiantil, planificaba estrategias que nos ayudaban a evitar ponernos en riesgo, sobre todo cuando llegábamos a Plaza Dignidad, como la llamábamos por acuerdo consuetudinario. Allí el enfrentamiento con los pacos era inevitable, aunque intentábamos retrasarlo lo más posible, pues nos uníamos a los colectivos de otras facultades y grupos de trabajadores, no estábamos en la

primera línea, en cierta forma ellos mantenían a raya a los pacos de nosotros. A veces nos contactábamos con otros compañeros y generábamos coreografías, otras, batucadas, cantábamos a todo pulmón el *Platata tá* de Mon Laferte, hasta que la cosa se ponía brava y llegaba el guanaco y el zorrillo y comenzábamos a correr y nos desperdigábamos por las bombas lacrimógenas y le gritábamos a los pacos y a los milicos que habían llegado como refuerzo que se fueran, porque era nuestro derecho gritar en las calles lo que pensábamos de esta sociedad que parecía caerse a pedazos en la pudrición de una clase política que se regocija en sus millones mientras los demás nos endeudamos o ni siquiera accedemos a esa opción porque estamos en los márgenes de un orden exclusivo.

De él supe poco por aquellos días. Apenas unos mensajes cruzados y unos audios recortados. Me tranquilizaba saber que él solía estar en la oficina de telecomunicaciones, que no lo mandaban a las calles. Era lo único que me tranquilizaba, porque sabía que él no era como los demás, que no era como aquellos a quienes le gritaba en la Alameda. Él me mandaba audios y mensajes de que estaba en sus guardias trabajando por radio. Yo, en cambio, había hecho de la calle mi espacio predilecto, en donde caminaba, gritaba y corría junto a mis compañeros, luchando por una causa que era nuestra y de todos, porque pensábamos que ese era el momento

de la promesa cumplida, en que se abrirían las grandes alamedas. Hoy, no sé si aquello era libertad, rodeados de tanquetas, con los ojos ardiendo por efecto de las lacrimógenas. Con ojos que no paraban de sorprenderse de lo que ocurría alrededor, entre compañeros que iban cayendo uno tras otro. Nuestros ojos eran lentes que observaban una realidad que se trizaba. Hoy, no sé si aquello que vi, era la libertad guiando al pueblo, o más bien el grito de Munch, o simplemente una más de las primaveras robadas.

No supe cómo sucedió. Estábamos todos ahí, cerca del metro Salvador, la Jo, la Gaby, la Eli, la Ceci, y el resto de compañeros. Corrimos cuando el Ian nos avisó que había llegado un piquete y nos había hecho una encerrona a todo el grupo que estábamos ahí protestando. Al Max lo agarraron y se lo llevaron. Nosotras corrimos hacia una callecita interna que no tenía salida. Quedamos encerradas. El impacto fue intempestivo, me toqué con las manos y las sentí ensangrentadas, un golpe directo a mi rostro. A varios le llegaron balines en las piernas, en los brazos, en la espalda y en el pecho. Escuché gritos a mi alrededor, a mis compañeras tomándome del brazo y llevándome, corriendo hacia lo que parecía una orilla. Noté que despejaban la calle y nos dejaban salir, mientras escuchaba los gritos de la Jo que insultaba a los pacos que estaban a lo lejos.

Yo no sabía que ella estaría allí. No habíamos hablado durante días. Me había comentado que se reunía con sus compañeros y que salían a marchar, pero no sabía que estaría justo ahí ese día. Yo tampoco debía estar ahí. Yo debía estar en la oficina de telecomunicaciones, hablando por radio con los que estaban de guardia. Pero me pidieron que fuese, que necesitaban refuerzos, que otro me reemplazaría, que debía ir porque sabía manejar el arma. Yo les dije que hacía años ya no la manejaba, porque lo había aprendido en el proceso de instrucción pero que después me cambié a telecomunicaciones porque no me gustaba estar en la calle. No pude negarme a ir. Mi Sargento me lo ordenó y tuve que cumplir. Cuando llegamos estaba la embarrada. La gente estaba protestando y había focos violentos. Me mantuve en el piquete sin usar el arma, aunque los demás me solicitaban que, si veía individuos atentando contra el orden público, debía usarla. No sé cómo pasó. De repente corrimos por Av. Providencia a la altura de metro Salvador y nos encontramos con un grupo de encapuchados que estaban lanzando bombas molotov. El carro lanza agua no dispersó lo suficiente a la gente. Corrieron hacia una calle, pero fue peor porque quedaron atrapados. Mi Teniente nos dio la instrucción de que quedáramos atentos en la esquina. La gente comenzó a lanzar piedras y distintos proyectiles. Mis compañeros comenzaron

a disparar. Yo no quería hacerlo. Yo no quise hacerlo. ¡Ahora! ¡Ahora! Me dijo mi Teniente, gritando mi apellido. Yo no quería hacerlo. Yo no quise hacerlo.

Ha sido difícil adaptarse. Ya nada es igual. Lo que más me duele es que ya no podré volver a pintar. La Jo me dice que es importante que saque de mi interior lo que pienso y siento. Asisto a clases de Braille tres veces a la semana. Mientras tanto, llevo conmigo una grabadora que he aprendido a usar a fuerza de práctica. Él fue a verme al hospital. Cuando le conté lo que pasó, tomó mi mano con fuerza, lo sentí apesadumbrado. Sus visitas fueron cada vez más distantes. Al poco tiempo no volví a saber de él. Un día me envió un audio en que me contaba que lo habían destinado a otra ciudad. Nunca más lo volví a ver. No lo culpo, no podría cargar conmigo, y yo no me iría sola allá. Necesitaba quedarme aquí, con mi familia y mis compañeros. Aunque nunca me pidió que me fuera con él. Eso fue lo que más me dolió, saber que mi condición había esfumado lo que antes sentía por mí.

No podía verla. La culpa me lo impedía. No sé si fui yo el responsable. Pude haber sido yo o pudo haber sido uno de mis compañeros. Nunca lo sabré y no importa. Eso no cambia nada. Cómo podría haber seguido junto a ella sabiendo que yo pude haber sido el responsable de lo que le pasó. Preferí alejarme. Si ella lo hubiese sabido, habría sido aún más doloroso. Pedí la baja a las pocas

semanas. No le conté, le dije que me iría a otra ciudad, era mejor que no lo supiera, ni que tampoco supiera que la miraba todas las tardes llegar a su departamento, ese departamento que habíamos compartido tantas veces, mientras yo atesoraba su presencia desde la ventana de la tienda donde ahora trabajaba.

El Bicho

Anoche murió el Bicho, el tipo de la esquina. No pude dormir, desde mi ventana escuché toda la noche gritos que iban y venían, y ladridos, sobre todo ladridos. Algunos sonidos estrepitosos interrumpían el descanso, y la baliza de los carabineros iluminaba de vez en cuando mi habitación. Al día siguiente se supo, el Bicho había muerto en un asalto, iba a robar un auto. Un robo más pensaba él, qué le hace el agua al pescado, pensaba él, pero no pensaba que ese robo sería el último, como lo fue doce años atrás para su hermano mayor, quien, al igual que él, había recibido un disparo en el pecho.

El Bicho había adquirido su apodo gracias a su nombre y su apariencia desgarbada, pequeña, insignificante, de rostro anguloso y ojos alicaídos. En los noventa, siendo niño ya andaba en las calles a deshoras de la noche, vestido de pantalones anchos y polerones que le llegaban debajo de las rodillas, moda al estilo *Tiro de gracia*. Ahora le habían disparado por robar un

auto, por dispararle en la pierna al dueño del vehículo. Un nuevo portonazo, anunciaron en el noticiero de la noche. Su velorio fue de esos memorables, que ya se quisiera cualquier personaje de la farándula. Fuegos artificiales durante todo el día acompañaron su cajón, el que no se veló en el living de su casa, ni menos aún en la parroquia de la avenida, sino en la cancha, junto a la botillería. En medio de la cancha estaba el cajón, cubierto con una bandera de su equipo de fútbol favorito y un montón de coronas de flores rodeándolo. El Bicho no estaba allí solo, desde mi casa podía escuchar cómo le cantaban sus amigos, tocaban el bombo, cornetas y todo aparato que servía para darle sus merecidas pompas fúnebres. Quien había vivido siempre en las sombras ahora tenía su momento para brillar: bengalas, fuegos artificiales y mucho humo rodeaban su cuerpo inerte, baleado; un coro de jóvenes de ojos rojos saltaba a su alrededor como si alentaran en el último partido al futbolista estrella que se retira. Así estuvieron un día y una noche. Nadie recordaba que apenas un par de meses atrás había muerto otro integrante del grupo en una mexicana. Nadie sospechaba que en tres meses más moriría otro en peores condiciones, que su cuerpo sería diseminado, parte por parte, por la población, por un ajuste de cuentas que involucraba un allanamiento y cocaína. Nadie recordaba que hacía menos de un año a

la tía del Bicho la había matado a golpes su pareja. Esta era la despedida del Bicho y nada la podía empañar. Qué importaba que el Bicho hubiese asaltado a madres con hijos en brazos durante más de diez años, que hubiese cartereado en la micro a hombres que llevaban todo el sueldo de fin de mes en la billetera, qué importaba que los demás vecinos que se despertaban a las seis de la mañana para ir a trabajar estuvieran durmiendo durante su velorio, o que los niños de la población tuvieran que ir al colegio temprano. Había que despedir al Bicho como se lo merecía.

El Bicho una vez me miró con otros ojos, cuando yo tenía trece años e iba a comprar pan al almacén que estaba al lado de su casa, siempre me miraba, de pies a cabeza, yo sabía que yo le gustaba, y quizá también él a mí, en aquellos años. Su rostro triste y con los ojos perdidos en un universo paralelo me parecían interesantes, me daba pena verlo ahí, siempre ahí, sentado en la cuneta y mirando de un lado para otro, como si esperara algo, como si esperara a alguien, como si algo le preocupara, pero a la vez no notara nada de lo que pasaba a su alrededor. Nunca le hablé, nunca me habló, solo nos mirábamos de reojo cuando yo iba a comprar al almacén. Pero con el tiempo dejé de ir, me gané una beca y entré a estudiar, mi madre era la que iba a comprar. Dejé de verlo. Años después me lo encontré

en el paradero, al bajar de la micro, él estaba sentado en la cuneta, mirando para todos lados, ni siquiera se dio cuenta de mi presencia, tenía el rostro pálido y ojeroso, la boca seca, y se tocaba las manos con desesperación. Recuerdo que era invierno. Yo andaba con un abrigo; él, con polera manga corta, sin sentir el frío que hacía aquel día.

Antes de llevar el féretro al cementerio lo pasearon por las poblaciones contiguas. Era despedido como estrella por las calles, escoltado por carabineros junto a un montón de amigos como él que le lanzaban flores, elevando amplias banderas, dejando un rastro de botellas rotas, serpentina y papeles picados, tocando bombos y enarbolando cánticos de despedida. El cementerio se convirtió en el epicentro de la celebración, como si el entierro hubiese sido en plena Plaza Italia y el gol celebrado fuera el cuerpo del Bicho bajando suavemente por la fosa que se transformaría en el único hogar que lo cobijaría para siempre.

La Repsol

La Repsol vuelve hoy. La Repsol pronto arribará. Los Ashánincas lo saben. Ella lo sabe, lo escuchó decir a su abuelo con gran angustia. Ella ve los ojos iluminados de su prima, quien espera volver a verlo, con el niño en brazos. Volver a ver a ese hombre de ojos verdes para mostrarle al niño piel canela que heredó, como evidencia irrefutable, el color de sus ojos. La Repsol vuelve hoy. Arrasará nuevamente. Y a cambio de eso, la muerte de la tierra.

La Repsol vuelve hoy. La Repsol está arribando. Ella acompaña a su prima en busca del padre que aún no sabe que lo es. La prima confía en que, al ver los ojos del niño, cualquier duda se irá y él se quedará con ella, o él se irá con ella a la ciudad.

Horas esperándolo afuera de la Repsol, horas sintiendo la brisa verde en sus rostros esperanzados. De pronto, las grandes puertas se abren para dar paso a un grupo de hombres de trajes negros y corbatas,

conversando mientras van botando las colillas de sus cigarros en el camino. Los hombres las miran con gesto indiferente. La prima se acerca a uno y le habla. Ella se queda atrás, expectante. Uno de los hombres mira hacia atrás y la ve, se le acerca. Ella nunca había visto esas facciones en un hombre; ojos de cielo y piel blanca como la leche de coco. El joven sabe que ella es de la comunidad indígena, lo deduce por su ropa. Sin siquiera titubear, la invita a cenar. Él sabe que ellas siempre aceptan, pues tienen la esperanza de que alguien las saque de ahí, pero eso nunca ocurre ¿Por qué habría de hacerlo esta vez? La prima vuelve con los ojos llorosos. El hombre la ha rechazado. Ni siquiera el llanto del niño en sus brazos lo conmovió. Vuelven a la aldea. Una va triste y derrotada, la otra con la ilusión viva en la piel. Ella cree que él será distinto, ¡es más joven! Piensa en qué hermosos sus ojos.

Cuando ya el sol comienza a esconderse, ella se acerca al restaurant en donde el hombre le había indicado que se encontrarán. Él está ahí, con impecable traje azul y bigote bien peinado. Cuando la ve llegar, sonrío, ella cree que lo hace por la alegría de verla. Antes de que ponga un solo pie en el restaurant, él la sale a interceptar. La lleva al hotel y le entrega una caja, que ella la abre y donde descubre maravillada un vestido rojo de seda y zapatos de tacón. Él le indica que solo si usa esa ropa él cenará con ella. Aparece entonces la muchacha desde el baño

con ese vestido puesto. Al verla, el joven olvida por un instante su cometido y contempla la auténtica belleza de aquella jovencita de apenas diecisiete años. La toma del brazo y la lleva al restaurant, en donde estarán sus camaradas acompañados de otras lugareñas adolescentes que tuvieron la suerte de haber sido elegidas. Ella nota en seguida a las jóvenes que han sido traídas por los hombres desde otras aldeas y comunidades cercanas, puesto que ellas no hablan, solo sonríen. Le es evidente el gesto de incomodidad ante la ropa que llevan puesta; tratan de taparse la piel que les queda al descubierto mediante pañuelos bordados por ellas mismas.

La cena termina. Una a una las mesas se van desocupando. Las parejas comienzan a subir las escaleras, en busca de la habitación en que aloja cada varón. Las jovencitas no tienen plena certeza de lo que las espera allá arriba, ya que se les ha enseñado desde muy niñas que solo su esposo debe tocarlas. Ella sube de la mano del hombre, quien la guía cuidadosamente hacia la habitación y gira la llave de la puerta con precaución.

A la mañana siguiente, ella aparece por las escaleras del brazo del hombre. Intenta sonreír, sin embargo cierto gesto de dolor sigue cada paso que da. Viste de manera distinta a la noche anterior. El hombre le ha vuelto a regalar un vestido; esta vez, un traje de dos piezas como el que usan las señoras que toman té junto

a los caballeros. Un sombrerito adorna la cabeza de la joven, quien ha debido recoger su vestido en un tomate para poder usarlo. El hombre le acomoda la silla y ella se sienta con dificultad. No conversan, él lee el diario del día mientras bebe café cargado y come sus tostadas. Ella intenta sonreírle, pero no encuentra su mirada.

El hombre la conduce hacia afuera del restaurant. Le dice que debe irse a trabajar. Le dice que al día siguiente se irá. A ella se le llenan los ojos de lágrimas. El hombre se conmueve y saca de su billetera un par de dólares que le entrega. Ella camina por el mismo sendero de donde vino. Caminar con ese vestido le cuesta, caminar le duele. Un pequeño rastro de sangre va quedando en el camino.

La Repsol vuelve hoy. La Repsol pronto arribará. Los Ashánincas lo saben. Ella lo sabe, lo escuchó decir a su abuelo con gran angustia. A la jovencita se le ilumina el rostro y abraza con ternura al niño que tiene en sus brazos. El niño con los ojos de cielo. La Repsol vuelve hoy. Arrasará nuevamente. Y a cambio de eso, la muerte de la tierra.

Se tatuó

—Venía todos los sábados a almorzar, a veces pedía cazuela, otras, pollo arverjado, y a veces, cuando venía con algún compañero, pedían pollo asado o algún sándwich portentoso que les saciara el hambre voraz del día. Era fácil reconocerlos, todos tenían el mismo corte de cabello y aparecían a las mismas horas, los mismos días, fines de semana sobre todo, salvo cuando les tocaba guardia y aparecían inesperadamente entre semana. Se paseaban, mejor dicho, deambulaban, perfumados, vestidos como paisanos comunes, como fantasmas sin destino, como quien quiere sacarle el máximo provecho a esas cuarenta y ocho horas libres que tenían. Era fácil distinguir al milico triste que miraba la TV puesta en lo alto del comedor como buscando una respuesta y una motivación. Solía pedir cazuela, decía que era para sentir que estaba en casa, porque lo único que recordaba de las comidas de su infancia hechas por su madre eran las cazuelas. Siempre acompañaba la comida con una

cerveza, decía que beber solo le recordaba a su padre. Solía mirar su celular y cada vez que sonaba, una sonrisa iluminaba su rostro. Se comentaba que era universitaria, y él se jactaba diciendo que ella estudiaba mucho, solía decir que ninguna de las pueblerinas se le podían comparar. Sin embargo, en los ojos del milico habitaba una profunda tristeza. A veces escuchaba sus largas conversaciones. A veces decía que ella no lo esperaba. Que se iba a aburrir de esperarlo, y que odiaba esa situación. A veces decía que él no quería más, pero que no podía decírselo porque entonces todo terminaría. A veces escuchaba que decía que la patria y la bandera le importaban un mierda, y que si fuese por él los hubiese mandado a todos a la mierda. Mierda era una palabra suya constante. Decía que le importaba una mierda el ejército, pero que tenía que estar ahí, aguantando, soportando para recibir un sueldo miserable que bien podría haber recibido trabajando cerca de su casa, junto a su familia, con ella, pero que no, porque ahí, en ese pueblo olvidado por Dios, le habían dicho que ganaría un poco más. Todos los meses decía que ya pronto llegaría el pago adeudado, un bono retroactivo. Era como si esa fuese la única razón por la que seguía allí, esperando, resistiendo con el estoicismo de un moribundo que sabe de su muerte cierta y se resigna ante aquella lapidaria noticia, viviendo, mejor dicho,

sobreviviendo, lo mejor posible el tiempo que le resta. Muchas veces lo escuché discutir con sus compañeros mientras almorzaba, ellos le reclamaban que cómo era posible que no disfrutara de la experiencia de estar ahí, que cómo era posible que siempre estuviera tan amargado. Y él les respondía que cómo iba a estar feliz si estaba lejos de sus raíces, si estaba absolutamente solo en ese inhóspito lugar, si lo único que quería era que lo trasladasen o lo dieran de baja, que lo que hacían ahí le parecía estúpido y sin sentido, que no encontraba lógico ni menos aun útil salvaguardar la bandera ante una supuesta guerra que nunca llegaría, porque el país se alineaba con los tratados de paz internacionales y prefería llevar sus litigios con países vecinos a la Corte Internacional o bien que el Papa decidiera. Consideraba inútil su misión. Una rutina letárgica que solo mutilaba sus sueños. Los compañeros le decían que la patria aquí, la patria allá, que era una gran oportunidad, que no se le ocurriera pedir la baja, que todo lo demás debía esperar, que aquí, que allá. El pobre milico los miraba como queriéndoles decir que todo eso le parecían estupideces, excusas baratas para seguir aguantando una vida vaciada incapaz de llenar los espacios que había dejado la ausencia de ella y la distancia con su familia, la cual, pese a no ser del todo convencional, y a darle más de un dolor de cabeza, era su familia. Muchas veces me quedé

conversando con él. Le preguntaba que cómo había encontrado la comida, que cuándo viajaría ella, y la respuesta siempre era la misma: buena, maestro, como siempre. Ella vendrá el próximo mes. Se notaba cuando ella había venido, pues por un par de fines de semana el milico parecía un hombre pleno, aunque al paso de las semanas esa expresión iba decayendo, hasta volver de nuevo a las rutinarias discusiones con sus amigos, en las cuales ellos trataban de convencerlo de que vivir ahí era lo mejor que le podía haber pasado, y que con el tiempo se acostumbraría. Solo en esos momentos podía notarse la diferencia de edad entre el milico y sus compañeros; él era varios años mayor, aunque no se le notaba, y quizá por eso decía que tenía una perspectiva diferente de las cosas. Él ya había logrado construir una vida plena cuando el maldito ejército había tomado la inteligente y oportuna decisión de destinarlo a ese pueblo de mala muerte. En cambio, para sus compañeros la vida había comenzado precisamente ahí. No tenían nada que perder, por el contrario, la vida había abierto ante sus ojos un sinnúmero de posibilidades desde que habían llegado a Visviri. En cierta forma me molestaba que para el milico este lugar fuese tan terrible e indigno. Yo había nacido aquí y tenía esposa, hijos, un trabajo y una vida bastante buena, aunque sacrificada como todas las vidas en este lugar. Sin embargo, entendía su punto de vista.

Cuando comenzó a venir, tan solo con hacerme una señal yo sabía a la perfección qué es lo que quería almorzar. Hicimos buenas migas. Le gustaba venir acá, decía que se sentía cómodo. Me contaba hartas cosas sobre su vida. Antes de venirse estaba juntando dinero para comprarse un departamento o una casa por dos razones. La primera era que la convivencia en la casa de su madre era cada vez peor, porque ya ni siquiera se hablaba con su hermano y no tenía intenciones de volver a hacerlo, porque era un egoísta que solo pensaba en sí mismo y no tenía siquiera compasión por su madre, ni un poco de consideración con su hermana menor, ni con él mismo; la segunda razón era que su polola le había dicho que sí a la petición de casamiento y que eso lo había hecho realmente feliz, porque ya llevaban hartos años juntos y habían logrado demostrarle al mundo entero lo fuerte y verdadero de su amor, después de salir victoriosos de más de algún obstáculo difícil. Y justo después aparece esta noticia que arruinó todo. No lo podía creer. ¡No lo podíamos creer! Su madre lloraba con lágrimas que combinaban la tristeza por la inminente lejanía de un hijo con la pena de la plata que cada mes le pasaba para la casa. Su hermana era la única que no lloraba, ella era la más parecida a él, la vida los había curtido. Por más angustiosa que fuese la situación, no podían llorar; eso se lo debían claramente a haber sido

testigos principales del alcoholismo del padre, de sus constantes peleas y maltratos hacia la madre, y, por qué no decirlo, también al hecho de que la madre había estado a punto de morir en varias ocasiones, cuando estuvo hospitalizada y la operaron tantas veces que nunca más su vida volvió a ser la misma, así que debió conformarse, todos debieron hacerlo, con que quedara postrada. Por eso no lloró cuando supo que se iba. La polola sí lo hizo, como una Magdalena, y era tan doloroso verla así, más terrible que saber que se iba era darse cuenta de cuánto la hacía sufrir con su partida. Esto para ella era algo así como una sentencia, aunque tiempo después, estando ya aquí, le dijo que más que una sentencia era una prueba, y que si la superaban su relación sería todopoderosa. Pero no la superaron. Ella siempre tuvo fe, incluso cuando las fuerzas se le estaban yendo, incluso ahí le quedaba un poco de esperanza, la suficiente como para empujarla, y empujarlo, a salir adelante. El milico se alimentaba de su esperanza. Siguió viendo la televisión, un reality show en donde un grupo de jóvenes jugaban una especie de yincana. Esbozó una leve sonrisa triste. No es que haya querido ser milico, fueron las circunstancias las que lo llevaron a serlo. Era la única opción en esa época. Todos decían que terminaría mal si no ingresaba al ejército, que era *la* oportunidad de su vida, porque en ese tiempo era difícil que alguien

como él entrara a estudiar. No tenía el apoyo de la familia, tampoco dinero, y encima nunca fue muy dado a los estudios. Ella, antes de que él postulara pensaba que sí, que podría estudiar. Que todo saldría bien. Hasta le buscó una carrera, pero no le creyó. Le hizo caso a las circunstancias, según las cuales era la mejor decisión que podía haber tomado. Y, diciendo eso, el milico volvía a mirar la pantalla con expresión concentrada, tomando mecánicamente sorbos de esa cerveza que ya se había desvanecido, ahí donde un spot anunciaba las carreras de un instituto con gran pomposidad, diciendo que ahora todos podrían estudiar si tomaban un crédito con cómodas cuotas a pagar durante veinte años. Veinte años. Luego me dijeron que la sacó de su vida. Que eliminó a su polola, eso escuché. Pero no sé si la referencia es literal o metafórica. Dicen que se aburría, que se acobardó, que no fue suficientemente valiente o que quizá, más bien, fue demasiado valiente. Dicen que desde ese día no volvió a sonreír. Yo no lo vi volver a hacerlo. Como que se convirtió en espectro. Andaba como sonámbulo, solo hablaba lo que era estrictamente necesario. Dicen que su uniforme se apoderó de él, que se le metió hasta los huesos, que hasta la piel se coloreó con ese tono plomizo. Dicen que la bandera fue su mortaja y que no moría, pero tampoco vivía. Dicen que no le dolió sacarla de su vida porque no lo vieron llorar,

pero yo creo que le dolía tanto que no era capaz de reaccionar ante lo que estaba pasando. Nunca lo hizo. Aunque un día, tarde, ya estaba yo por cerrar el local cuando vino solo a tomar cerveza; pidió una tras otra, me dijo que quería olvidarse de todo, que no sabía qué hacer, que habían discutido. Que ya nunca más quería volver a saber de ella, que hubiese preferido que jamás estuvieran juntos, porque era lo mejor y lo peor que le había pasado en su vida. Le había reprochado el haberla abandonado, el haber sido cobarde, el no haber luchado. No entendía por qué creta ella pensaba que él la había olvidado. Cruel venganza. Ella le había dicho que lo odiaba. Eso era lo que más le dolía. ¿Qué sabe ella de dolor? Me odia, dijo. Me odia porque le hice daño y le rompí el corazón. Eso decía el milico, tomando los vasos de cerveza como si fuesen agua, como si intentara ahogar sus penas como lo hacen los protagonistas de las telenovelas mexicanas. Ella usaba las palabras como si fueran rocas puntiagudas. Porque sabía usarlas. Esos mensajes poéticos de mierda son los que más me duelen, decía.

Se tatuó. Dicen que fue su forma de evasión, de querer comenzar una nueva vida sin ella. Un símbolo de renovación y transformación. Yo creo todo lo contrario. Que el tatuaje era una simbólica manera de representar la pérdida, el dolor literal que sentía y lo que ella significaba para él. Una marca indeleble. Pero

ambos decidieron borrarse. Debían borrarse para seguir viviendo, aunque ninguno de los dos sería la misma persona de nuevo. Debían borrarse para seguir, borrarse para continuar. Sin embargo, aniquilar una historia que le había dado sentido a sus vidas y que los había hecho conocer la plenitud y la felicidad era un proceso doloroso que apenas les permitía respirar. Agregó esa noche que ella le había hecho saber que tenían una conversación pendiente, ya que todo había ocurrido a destiempo. Un café pendiente que se había enfriado. Un café pendiente al cual temían, porque quizá, al verse a los ojos después de tanto tiempo, el dolor desaparecería ante la cataplasma del amor. El dolor o el amor desaparecerían como él lo iba haciendo, volviéndose casi transparente desde la última vez. La destrucción lo había asolado entre el resentimiento, la culpa y el abandono. Ella le escupió en la cara su decepción. Él simplemente desapareció. Dicen que él la eliminó de su vida, pero creo que ese mismo día el que comenzó a desaparecer fue él. De repente los dedos se le comenzaron a volver invisibles, los pies se le comenzaron a ver borrosos, y así las manos, las piernas. Cada día su apariencia se iba volviendo más tenue. Dicen que solo su tatuaje se veía. Dicen que fue porque no soportó haberla sacado de su vida. Dicen que ella estuvo a punto de derrumbarse. De repente hasta el rostro se le empezó a difuminar. Se le volvió pálido, sus facciones

se le empezaron a ver borrosas. Se volvió transparente. Dicen que lo único de él que se distinguía con claridad era el uniforme y el tatuaje. Dicen que la bandera del tatuaje se le enterró en el pecho como una espina y que le comenzó a envenenar las venas, el cuerpo. Nunca más lo volví a ver. Dicen que comenzó a desaparecer cuando se le acabaron las fuerzas para seguir luchando. Dicen que ella le escribió una carta, una carta que nunca llegó. Dicen que el le mandó una carta, una carta que ella nunca recibió. Se perdieron, dicen.

—¿Y dice usted que nunca más volvió a ver al soldado Maure?

—No, mi capitán. Nunca más.

Los episodios

No sabía por qué debía estar ahí, en esa sala de espera, esperando su turno, mirando a la delgada secretaria tras el computador, casi tan delgada como ella, con los labios fruncidos, y los ojos bien abiertos, escudriñando en la fichas de los pacientes. El segundero vibraba como ala estrepitosa de zancudo. Había contado las ocho veces que el ascensor había abierto las puertas en ese piso. Justo al lado de la consulta había un centro de estética. La acompañaba un hombre; le llamaba la atención el gesto que hacía con las manos: se las tocaba y luego tocaba lo que había en su bolsillo, una cajetilla de cigarrillos. El hombre se acercó a la ventana abierta, sacó los cigarros y el encendedor. Como un niño que está dispuesto a hacer una travesura, miraba de reojo a la secretaria, quien no sacaba la vista de su revisión informática. Apenas lo encendió, dio una profunda y larga bocanada. Un par de segundos duró la armonía; la secretaria lo miró inclinando la cabeza y, dejando ver sus grandes ojos

castaños, con el dedo índice le señaló el anuncio que estaba pegado en la puerta de entrada: «No fumar».

Cuando escuchó su nombre anunciado por el chirrido del parlante, se puso de pie y, caminando hacia la puerta que estaba entreabierta, se miró en el espejo ovalado que adornaba el pasillo. Su detuvo ahí. Contempló cada parte de su cuerpo reflejada en el vidrio. Recordó lo que el psicólogo llamaría su “primer episodio”. Algunos años atrás, en su habitación sintió el pecho apretado, como si le faltara el oxígeno, y unas angustiosas ganas de salir corriendo e irse muy lejos. En ese entonces pensaba que se trataba de una reacción obvia ante la discusión que había tenido con sus hermanas a causa de asuntos domésticos e incompatibilidades de convivencia. Al fin y al cabo eran tres mujeres adultas tratando de lidiar con el mundo entero. En esa época solo quería salir de esa casa. Ahí vivía con el esposo y los pequeños hijos de una de sus hermanas, y con el pololo de turno de la otra. Había llegado a sentirse una intrusa desde que su madre se mudara a la casa de su segundo esposo y, sobre todo, le parecía insoportable quedarse ahí desde que habían velado el cuerpo de su padre en el mismo living. Su habitación era su único refugio. Sin embargo, este era frecuentemente invadido por sus sobrinos que revoloteaban a su alrededor, ni tampoco la protegía del estruendo producido por su hermana

percusionista. Esa habitación era más bien un intento de refugio ante la rutina cotidiana, el único sitio en donde podía leer sus colecciones empastadas de clásicos griegos y españoles, y en donde podía amar con tanto frenesí como quisiera a Edgar cuando compartían esos cuatro metros cuadrados. Con ese hombre de cuerpo delgado y mirada brillante habían compartido cada fin de semana de los últimos veinte años desde que estudiaban en el colegio. Él se había convertido en un exitoso abogado, y ella hacía pocos años se había titulado de profesora.

Tras la muerte de su padre todo cambió. Había conseguido trabajo en un colegio en donde sus ideales coincidían con su profesión. Trabajaba jornada completa, y en casa preparaba materiales pedagógicos o revisaba pruebas hasta la madrugada. Se acostaba extenuada y un par de veces el sonido de la alarma la sorprendió durmiendo sobre el escritorio, con la cabeza tendida entre un montón de papeles con letra infantil. Desde la muerte de su padre los acontecimientos se habían precipitado. El trabajo era lo único que le impedía pensar en él. Por las noches despertaba angustiada debido a una pesadilla recurrente: ella veía a su padre cruzar una calle por donde se aproximaba un automóvil a mucha velocidad, pero él ignoraba sus gritos de advertencia. Cuando eso ocurría, ella se levantaba, iba al baño y se lavaba meticulosamente las manos y se preparaba un té

en la cocina. Solía quedar loza sucia de la noche anterior, así que para espantar la pesadilla y los pensamientos que la atormentaban, lavaba la loza con ahínco. Una cosa llevaba a la otra y pronto se encontraba barriendo y limpiando los muebles de la casa. Más de una vez sus hermanas la encontraron limpiando los vidrios cuando salían de sus habitaciones a prepararse el desayuno.

Al ver el ratón ahí, acechándola desde los pies de su propia cama hizo que se le erizaran todos los poros de la piel y se convirtió en una señal inequívoca de que debía irse de la casa. Pasó una temporada en casa de su madre y su esposo, mientras Edgar finalizaba los trámites del departamento que se había comprado, suficientemente cerca de su madre para ir cuando ella se lo pidiese, y relativamente lejos de ella para mantener su independencia.

El departamento había sido de una pareja de ancianos y tenía muchos arreglos pendientes. Tiempo para tales labores domésticas tendría, ya que además de la decisión de irse de la casa había renunciado al colegio tras una petición de aumento de sueldo que le negaron. Ahora su proyecto era el departamento, convertirlo en el lugar en que ella había soñado vivir. Se trata de una cuestión difícil, pues Edgar había elegido sin consultarle parte de los muebles, y su suegra les había regalado el cortinaje de todas las ventanas. Eran telas gruesas y tiesas de tafetán

color café, que ella miraba sin saber cómo podría hacerlas combinar con los colores con que proyectaba pintar las habitaciones. No las podía rechazar.

Al día siguiente de su visita semanal al psicólogo, despertó como todos los días. Estiró los brazos en un amplio suspiro. Se paró directo a la ducha y, después de un sándwich de queso y jamón más una taza de té verde bien cargado, se dispuso a sus labores. Quería avanzar en ese poema que le robaba toda su atención hacía tiempo. Se sentía atascada, no podía resolver los últimos versos, no daba con las palabras exactas que necesitaba. Había pensado incluso en borrar todo el poema. Lo había corregido tantas veces que ya no recordaba cuál había sido la primera versión, pero sabía que la que tenía en sus manos no era la última. Debía encontrar una salida y resolverlo. El poema la asfixiaba. Por las noches el sueño recurrente con su padre fue reemplazado por otro: soñaba que perseguía una mariposa brillante por el oscuro túnel de un metro y que de repente ese brillo se transformaba en las luces del tren que venía hacia ella a toda velocidad. Su propio grito la despertaba.

Una tarde sus hermanas habían venido a tomar once y el departamento había quedado bastante desordenado. Por la madrugada la pesadilla la despertó una vez más. Decidió hacer aseo. Y a veces lo hacía cantando, mientras escuchaba música. Su favorita era «Alfonsina y el mar» de

Mercedes Sosa, también por la mención a Storni. Barrió y enceró ese piso de parquet que le exigía desmedido cuidado. Limpió todos los muebles con un plumero que le había regalado su suegra junto a esas cortinas que tanto odiaba. Luego fue el turno del baño. Desinfectó y aromatizó el espacio con prolijidad. Puso la ropa a lavar con detergente, suavizante y aromatizante. A estas alturas del mediodía había logrado olvidar el drama del poema por un rato y quería darle otra vuelta, así que fue a la cocina a sacar una fruta. No había alcanzado a ir a la feria y solo quedaba una que otra cosa en la despensa. Entre ellas, una manzana, la única entre un kiwi machucado, un tomate, una pera de aspecto sospechoso, y un plátano ya negro. Optó por la mejor opción, la manzana. Mientras comía, releó el poema. Y en el momento preciso en que una nueva idea se asomaba por su cabeza, se atoró. Comenzó a toser. Primero despacio, luego frenéticamente. Pronto eran espasmos. Tomó un vaso de agua para que el trozo atascado bajara, sin resultado. Siguió tosiendo desesperadamente. Recordó los pocos ejercicios de respiración que había aprendido en una clase de primeros auxilios a la que había asistido el verano pasado con su hermana embarazada. Respirar la tranquilizó. Pero aún sentía la manzana atascada en su garganta, así que siguió bebiendo vasos de agua, uno tras otro, intercalándolos con una tos rasposa que tenía

por intención arrastrar a la fuerza al intruso que se había alojado en su garganta.

Pasaron las horas. Había tratado de descansar un poco después de comprender que no se asfixiaría. En la noche, cuando llegó Edgar, le comentó lo sucedido. Le aconsejó que fuese al médico al día siguiente. Pero ella se contuvo. Era habitual que visitara al médico ante el más mínimo problema y nunca le daban un diagnóstico certero. Estoy hipocondriaca, prefirió pensar esta vez. Quizá estaba exagerando y el malestar desaparecería al despertar la mañana siguiente. Otra pesadilla interrumpió su descanso a medianoche: soñó que se caía en una piscina llena de fruta podrida y que no podía salir de ahí.

A la mañana siguiente, estiró los brazos en un amplio suspiro reponedor. Se paró directo a la ducha y luego se preparó el desayuno de siempre, un sándwich de queso y jamón más una taza de té verde bien cargado. Sin embargo, cuando trató de comer su sándwich, se dio cuenta de que tragar le dolía. Se tuvo que limitar a la taza de té. Apenas podía concentrarse, aquejada como estaba, en sus labores habituales. Así que prefirió dar un paseo y ver si el cambio de aire la despejaba. Tal vez era el esmog o el hambre, pero al volver al departamento se encontró más débil. Desde la cama le pidió a Edgar que antes de llegar pasara a comprar algo para tomar once. Él, en un

intento por reconfortarla, le llevó un pastel de chocolate, su favorito. Bastó un bocado para que la garganta se le cerrara. ¿Qué sientes?, le preguntó él. Como si tuviera pelusas en la garganta, como si tuviera atascado algo, se quejó ella. Y luego se fue a recostar de nuevo. Al cerrar los ojos veía la manzana atascada, pudriéndose en su garganta, y le faltaba el aire.

Pasaron los días. Apenas tomaba agua y té. Incluso rechazaba la leche. No podía ni quería levantarse. Una tarde trató de ordenar la casa y se encontró con su cuaderno de trabajo. Halló el poema inconcluso. Pensaba que ya no podría terminarlo mientras no pudiera sacar lo que tenía en la garganta. Finalmente Edgar le exigió una visita al médico, quien le realizó algunos exámenes. Nada explicaba la extraña sensación que ella sentía y que le impedía comer. No había evidencia fisiológica que explicara lo que le ocurría. Al revisar su historial clínico, el médico le envió una interconsulta al psiquiatra y le recetó unos tranquilizantes que, según él, ayudarían a que durmiera mejor y así se relajaría. Ella, sin embargo, sentía que lo que le ocurría no era psicossomático ni imaginario, esta vez no. Le había gritado a Edgar que nada tenía que ver con su padre, ahora que se estaba por cumplir un año desde su fallecimiento. Ella adelgazaba cada día más, pero según el médico, no había de qué preocuparse.

Una mañana se despertó sintiendo un hedor. Pensó que Edgar no había sacado la basura a la calle. Fue a revisar y no había basura, aunque el olor persistía. Revisó todo el departamento, el refrigerador, la despensa, el baño, pero no encontró nada. Lloró al pensar que el trozo de manzana se estaba pudriendo en su garganta, que pronto la infectaría por completo. Comenzó a toser con desesperación. La garganta le ardía. Tomó un cotonito y lo introdujo por su boca, pero eso solo aumentó la tos. Sintió que no podía respirar. Edgar estaba en su oficina en el centro. Quería pedir ayuda y gritar aunque estuviera sola, pero solo conseguía emitir sonidos guturales. Tomó su celular e intentó llamar a Edgar, pero no podía pronunciar palabra alguna. Le envió un mensaje: «Ven pronto, estoy pésimo». Recorrió el departamento desconsolada hasta llegar al amplio ventanal. Se asomó al balcón e intentó inspirar profundamente el aire que se le extinguía. En medio de la interminable tos, una gota de sangre salpicó su mano. Apenas podía sostenerse en pie. Se sujetó de las cortinas, el regalo de su suegra, las cuales cayeron al piso junto a ella. Minúsculas gotitas de sangre iban quedando como huellas de su esfuerzo por llegar a la habitación. Tomó su cuaderno de trabajo que estaba sobre el velador, lo abrió rápidamente y, pensando lo peor, escribió un mensaje para Edgar. Acostada, agitada, cerró los ojos. De repente recordó el

poema que permanecía inconcluso. Recordó cada uno de los versos: exultantes, se asomaron a través de sus labios hasta que consiguió pronunciar el verso final. En aquel suspiro, una mariposa tan roja como la manzana que se había comido salió de su boca y comenzó a revolotear.

Dijeron que la causa de muerte fue la asfixia. Edgar culpó a la manzana que ella se había comido la semana anterior e inició una demanda por negligencia médica. Nadie supuso que la manzana estaba habitada por un gusanillo que se había encarnado cual huésped en su garganta, formando su crisálida en el tejido para terminar de transformarse en mariposa. Nadie supuso siquiera una relación entre este hecho y el poema cuyo verso final fueron las últimas palabras que pronunciara.

Ella yacía bajo tierra y la mariposa aún estaba ahí.

La paseante

Se pone el reloj en la muñeca. Toma su cartera. Se mira en el espejo y repasa minuciosamente su atuendo. Una vez más. Toma las llaves y se dispone a salir. Ya en la calle, camina a paso firme con sus tacos haciendo tac tac hacia la estación del metro. El andén lleno, como siempre. Se baja en la estación y va en dirección al mall. Una vez que llega, abre la puerta mampara como si abriera la puerta de su casa, y comienza su recorrido habitual a paso tranquilo, le gusta llegar puntual apenas lo abren porque así no se encuentra de golpe con el tumulto bullicioso de la tarde, siempre apurado buscando la oferta del día. Prefiere ir en la semana, porque no están los adolescentes con sus frenéticas risas y sus helados baratos ensuciando el piso, ni las madres comprándole ropa a niños inquietos que revolotean sin cesar entre los pasillos y vitrinas, desordenando las prendas dispuestas por las acomodadoras. Le gusta ir temprano y en día de semana para no encontrar el patio de comidas atochado de gente engullendo sándwiches, pizzas y completos.

Pasea por cada pasillo como si fuera la primera vez, sin embargo, cada paso que da le resulta absolutamente familiar. Conoce al dedillo cada uno de los pasillos, entradas y salidas. Siempre un mall distinto. Siempre el mismo mall. Le gusta sentarse en esos sillones dispuestos en los pasillos, esos sillones fríos y orgánicos que reúnen frente a frente a desconocidos. Le gusta sentarse junto a esas plantas de un verde brillante que casi parece que respiran, esas plantas que se nutren con la luz incandescente de los focos y el agua fluorada de las fuentes danzantes. Le gusta sentir ese aroma que casi parece transportar a un bosque del sur, ese aroma Glade que se esmeró en conseguir para el baño de su departamento. Le gusta sentir esa tibieza propia del mall, en donde no hace frío ni calor, y puede ir en invierno o verano casi con el mismo atuendo. Le gusta porque en ese lugar se siente resguardada del mundo exterior, en la seguridad del búnker higiénico. Todo está a su disposición, comida, vestuario, muebles, medicamentos, todo a una tarjeta de crédito de distancia. No le gusta el dinero en efectivo, lo considera sucio y degradante contar las monedas y los billetes, prefiere la higiene de la tarjeta, el placer de deslizarla suavemente por el aparato y esperar esos segundos atenta hasta lograr una exitosa compra sólo con su fecha de nacimiento. Le gusta la luz que proyectan los focos, y esa sensación de claridad que

está por doquier, un blanco que irradia. Le gusta mirar las vitrinas afanosamente decoradas según lo dicta el calendario. De fondo, apenas nota que se escucha su canción favorita de The Verve, uno de los grupos que tiene en su colección de discos. La música no interrumpe sus pasos, sino que los acompaña. Mirar las vitrinas es como ver paisajes, es como viajar, piensa. Ver a esa gente perfecta sonriendo y dando la bienvenida en cada tienda. Siempre se detiene a observar a los maniquíes. La forma en que el poliuretano va dando forma a una figura humana le recuerda a las esculturas de mármol antiguas. Sus rostros no están compungidos, puede caminar y observarlos tranquilamente sin que le incomode ninguna mirada escrutadora.

Una vez más. Se interna en cada una de las tiendas en un recorrido nunca azaroso. Va acariciando con las yemas de sus dedos cada tejido, impregnándose de la tesitura que cada vestimenta le ofrece. Recoge varias prendas entre las góndolas y carruseles. Las lleva a los probadores. Sabe qué hacer, así que antes que la asistente de la puerta haga el gesto esperado, extiende la mano y recibe el número de prendas que cuelgan de su antebrazo. En el cubículo, frente al espejo que proyecta su imagen completa, se prueba una a una las prendas, una de cada tipo, sin mediar en las tallas ni calces, cada una más distinta que la anterior. Con satisfacción comprueba

que la pesca fue exitosa y se dirige a la caja. La solicitud que escucha saca a la cajera de su mecánico parlamento, repetido por enésima vez ese día. Una boleta por prenda. La transacción dura más de lo habitual. Tras ella, una larga fila de clientes espera. No obstante, finaliza su cometido como tantas otras veces. Luego, pasa por un café a Starbucks. Desde la entrada principal, siempre en línea recta por la derecha hasta el final del extenso pasillo, luego de regreso, y así, en sentido de las manecillas del reloj, recorriendo uno a uno de los pasillos que componen la red de tiendas del mall de turno, según el cronograma mensual que había establecido en su agenda y que la llevaba semanalmente a cada uno de los mall de la región metropolitana, recorriendo las comunas en sentido de las manecillas del reloj. Su favorito era sin duda alguna el Costanera Center, no solo porque quedaba cerca de su oficina, sino, sobre todo, porque su estructura se le asemejaba a la de un espiral, con sus vueltas y vueltas interminables, como si el tiempo no existiera en su interior.

De cada una de las pequeñas tiendas, recolecta un par de prendas que guarda en bolsas de papel, mientras sus verdaderos tesoros los va conservando en un libro que lleva en su cartera, comprada en alguno de los anteriores periplos. Un libro grueso, de tapas duras. No un libro breve y blandengue, sino uno que denota prestancia

cada vez que lo saca de su cartera frente a la caja. Esta vez, empastado en un sobrio color azul, tapa dura y letras doradas era el turno de *Las mil y una noches*. Lo había comprado en el Persa Biobío a un coleccionista y lo usaba para guardar durante el viaje cada una de las boletas, estiradas y conservadas entre las páginas de la interminable historia de Sherezade.

Finalizado el itinerario retorna a su departamento, y de cada bolsa primorosamente impresa extrae las prendas una a una. Las acaricia con las palmas de las manos, como intentando quitarles cualquier arruga o pliegue, y las dobla según el método que aprendió al leer el libro de Marie Kondo que mantiene en el velador junto a su cama. Ya apiladas las prendas en los cajones ordenadamente según texturas, formas y colores, y dispuestos los ganchos de ropa con las nuevas chaquetas de temporada, saca *Las mil y una noches* y va hojeándolo suavemente, como si lo hubiese encontrado por primera vez en una librería y quisiera aprehender cada una de sus páginas con la mirada. Una a una, entre las historias de Sherezade, van apareciendo las boletas de su último viaje. Las pone ordenadamente sobre la mesa del comedor, alineadas una al lado de la otra, las mira mientras las va estirando con una preocupación única. Toma su celular y comienza con la siguiente etapa del ritual, fotografiar cada una de las boletas, para conservar su recuerdo

incluso cuando la tinta se haya borrado por el paso del tiempo. Edita las fotos y elabora un collage que sube a Instagram, esperando que pronto comiencen a sonar las notificaciones que darán un feliz desenlace a su cometido.

Toma uno de los tantos álbumes empastados que decoran su biblioteca junto a libros de tapa dura y letras doradas de distintos tonos. Al abrirlo, se despliegan suavemente las hojas transparentes, donde va colocando las boletas una a una entre los bolsillos. La emoción con que mira su álbum conmueve. Al fin ha completado este ejemplar, uno más, ya no queda ningún bolsillo sin ser llenado. Hojas y hojas de marcas y cifras que indican una extenuante labor, un recorrido laberíntico. Las cifras inscritas no solo reflejan valores, sino también, son mudos testigos de las horas que ha invertido y que no tienen fin. Abraza el álbum como si fuese uno de los peluches de su infancia, y lo pone en uno de los pocos espacios disponibles de la biblioteca.

A la semana siguiente, del cajón de su velador saca un nuevo álbum. Abre su agenda y revisa su itinerario. Esta vez el destino es uno de sus mall favoritos. Guarda *Las mil y una noches* en su cartera junto a sus tarjetas de crédito. Se pone el reloj en la muñeca. Toma su cartera. Se mira en el espejo y repasa minuciosamente su atuendo. Una vez más. Toma las llaves y se dispone a salir. Ya en la calle, camina a paso firme con sus tacos haciendo tac tac

hacia la estación del metro. Poco a poco se va perdiendo entre la gente que baja las escaleras hacia el subterráneo.

El profesor

Si me preguntas cómo son las personas, diré que son iguales a todas. ¡El género humano es una cosa tan monótona! Casi todos trabajan la mayor parte del tiempo para vivir y su poco tiempo libre les pesa de tal modo que buscan con ahínco el medio de usarlo en algo. ¡Oh destino el del hombre!»

Johann Wolfgang von Goethe

Camino al trabajo, con la mirada pegada en la ventana del lado contrario al conductor adormilado, escucha su programa favorito de la radio Beethoven. Mientras sigue con las yemas de los dedos el compás de una pieza de Schumann sobre su pantalón de cotelé burdeo ya desgastado por el uso y lee, una y otra vez, un fragmento subrayado de su libro: «Por última vez, abro estos ojos por última vez. Ya no volverán a ver el sol; el día gris y con neblina lo mantiene oculto». Tiene que atravesar las entrañas de la ciudad. Después de tomar el bus baja al metro y se mete dificultosamente a uno de los vagones llenos. De la periferia al centro y nuevamente a la periferia. Caminar un par de cuadras desde la estación

hasta llegar al colegio junto a mil doscientos noventa estudiantes en cursos de cuarenta y cinco, y uno que otro de cuarenta y seis. Llegar y alcanzar a sentarse en una silla metálica tapizada con un color grisáceo, antes de que todos los escaños fuesen ocupados. De lo contrario tendría que quedarse atrás, en esos sillones roídos e incómodos, o, peor aun, de pie hasta que tocaran el timbre. Cruzar ese amplio patio que en invierno le parecía un frigorífico llegar a la escalera y subir al tercer piso en donde estaban ubicados los cursos E, F y G, a los que hacía clases.

Siempre se le olvidaba llevar algo: el plumón, el borrador, el libro de clases, alguna guía o su lápiz bic azul, así que durante la clase debía bajar al menos una vez en busca de aquellos elementos esenciales, olvidados en su casillero por la premura de la llegada, o bien, por la prisa con que los colegas se abalanzaban en busca de los libros de clase, mientras la inspectora aplaudía apurándolos para evitar que los chicos quedaran revoloteando por ahí. Eso ocurría en el primer bloque, en los demás, cuando se daba cuenta de que algo se le había quedado en la sala de profesores, le pedía a algún alumno que le fuera a buscar lo olvidado, o aprovechaba el permiso de alguno que quisiera ir al baño para que le trajera lo que necesitaba. Incluso, cuando sabía que el estudiante se iba a dar una vuelta al quiosco, sacaba la billetera y le pedía

que le comprara un sándwich o algo para comer en el recreo. Pese a que subía y bajaba las escaleras varias veces en el día, aquel ejercicio no era suficiente para ayudarle a disminuir de peso. Tampoco le ayudaba en aquel conato su rutina de tomar una Coca Cola al almuerzo junto a alguna fritura que estuviera en el menú del local de la esquina. Deseaba bajar su talla. Los últimos años había aumentado progresivamente. Deseaba tener el espíritu deportivo de su colega de Educación Física, o esa extraña capacidad del colega de inglés de poder comer de todo y mantenerse siempre delgado. A veces se quedaba en la sala cuando el timbre sonaba. Prefería no salir, no bajar a la sala de profesores, pues estarían ya todas las sillas ocupadas, todos estarían conversando y riendo, y sabía cuál sería su lugar en ese contexto si es que tenía la suerte de lograr sentarse: comer el sándwich del desayuno, escuchar las conversaciones cruzadas entre sus colegas, y tratar de entender las bromas. Prefería quedarse en su silla de profesor, que era un poco más cómoda que la de abajo, mientras comía su sándwich y miraba a sus alumnos salir y entrar a la sala riendo a carcajadas, diciendo garabatos que acallaban apenas lo veían. A veces aprovechaba de llenar el libro de clases con lo pendiente, firmar las clases que no había firmado, completar el leccionario y anotar en su cuaderno las décimas que había dado durante la clase a los pocos

alumnos que habían realizado la actividad. Era eso o que apenas la inspectora lo viera, le recordara que tenía que ponerse al día. Ya no quería que lo llamaran más a reunión, ni que le explicaran lo importante que eran aquellos asuntos burocráticos. Prefería dedicarse uno que otro recreo a completar los libros del día anterior y a revisar las pruebas pendientes. Así tendría algo que decir antes de que el curso al que debía entrar tras el toque de timbre le preguntara, sin siquiera saludarlo, si tenía al fin las notas de la última evaluación. Otras, se quedaba durante el recreo en su celular revisando los perfiles de los colegas. Seguía prácticamente a todos en Instagram. Estaba al tanto de sus vidas, de lo que hacían, adónde salían, cuándo se reunían entre ellos, los gustos de cada uno, sin dejar huella alguna de sus visitas digitales. No ponía likes para mantener una distancia discreta.

Cuando llegó, durante los primeros meses intentó encajar, conversar y tratar de pasar tiempo en la sala de profesores. Una de sus compañeras había sido muy amable, incluso le daba consejos para evitar problemas con el equipo de gestión y llevarse mejor con los alumnos. Ilusionado, él la había invitado a salir un par de veces. Quizá algún día, respondía ella. Pero ese día nunca había llegado. «¡Y sin embargo cómo decirte lo perfecta que es, porque lo es! Basta; ella abarca todos mis sentidos, los domina. ¡Tanta ingenuidad unida a tanto

ingenio!, ¡tanta bondad con tanta fuerza de carácter!», repetía para sí mismo cuando en aquel tiempo bajaba a la sala de profesores y no le importaba quedarse de pie, mientras la miraba reír, conversar e ir de aquí para allá. Pero luego sus conversaciones casuales en los pasillos, o antes o después de un Consejo de profesores, se fueron haciendo cada vez más esporádicas.

Pronto dejó de bajar en los recreos a la sala de profes y únicamente se cambiaba de sala cuando sonaba el timbre para retornar. Le pedía al primer alumno que veía al ingresar al curso de turno que fuese a buscar el libro de clases y lo que le faltaba, dejaba su bolso sobre el mesón, sacaba su cuaderno de apuntes y anotaba en la pizarra la fecha y el objetivo de la clase. A esas alturas del día ya sabía de memoria cada palabra que debía decir; las había repetido en distintos cursos toda la semana. Les pedía abrir su libro de Texto, leía la lección correspondiente y solicitaba que fuesen siguiendo la lectura uno a uno. Luego, volvía a la pizarra y anotaba con letra curtida el ejercicio diario. Pronto perdía la atención de los alumnos, quienes comenzaban a subir el volumen de la voz y hacer ruidos mientras él seguía de espaldas, con el brazo extendido, escribiendo apuntes que uno que otro anotaba en su cuaderno. Pedía silencio, pero su voz no sobresalía entre el barullo de gritos y risas adolescentes. De repente, y sobre todo en el último bloque, cuando

ocurría aquella situación se sentaba y comenzaba a anotar los apellidos de los jóvenes cuyas voces estrepitosas e improprios escuchaba. Los miraba con sorna y cierta picardía, sabiendo que esa sería su pequeña venganza ante la afrenta que experimentaba. Le entregaría esa lista a la inspectora al terminar la jornada, para que ella llamara la atención la mañana siguiente y contactara a sus apoderados. Ese desquite le recordaba a cuando, en la universidad, en pleno periodo de paro de estudiantes, el Decano lo mandó a llamar para pedirle que le contara sobre los compañeros que había visto hacer bombas molotov escondidos detrás del edificio de la biblioteca, donde él se quedaba las tardes leyendo justamente frente a un ventanal donde ellos planeaban sus próximos actos subversivos. Sonreía al recordar que nadie nunca supo sobre aquello.

Varias veces durante los años que llevaba en el colegio la directora lo había mandado a llamar para señalarle enfáticamente que su continuidad estaba en tela de juicio si él no cumplía con los temas administrativos que eran de vital importancia. Su paciencia y condescendencia ya estaban en su punto máximo, pues durante los últimos meses se había vuelto costumbre que los apoderados le golpearan la puerta para quejarse de un profesor que, según sus hijos, llegaba a la sala sin ánimo, que apenas los saludaba anotaba algunas cosas en el pizarrón y luego

se quedaba sentado observándolos sin decirles nada, sin hacerlos callar y sin siquiera revisar actividades ni tareas. Una de las apoderadas se había quejado incluso de que, al revisar un cuaderno de su hijo, notó un visto bueno en una tarea que estaba evidentemente incompleta, mientras que a otra le había ocurrido lo opuesto. Ante tal situación, la directora manifestó que se veía en la obligación de prescindir de los servicios del profesor. Luego de saber la noticia, y que aun así debía cumplir con el resto del año sin indemnización, decidió cumplir con lo mínimo que se le exigía: llegar a tiempo en la mañana, anotar los contenidos en la pizarra, firmar los libros y registrar las notas, largas columnas de siete replicados mecánicamente. Nadie nunca puso atención a las miradas del profesor a las estudiantes; apenas alguna vez una de ellas se sintió extraña al sentir las yemas del profesor rozar su jumper por la espalda y otra, de un curso inferior, lo encontró alguna vez sentado en frente del baño de las jóvenes. Nadie se detuvo en aquellos detalles. Era más evidente que el profesor no completara los leccionarios. Lo demás pasaba desapercibido, como él.

Se sentaba y sacaba de su bolso su libro favorito para releerlo mientras los estudiantes seguían con sus vidas como si él no estuviese. Leía en el bus camino al colegio, en la sala de profesores mientras los colegas conversaban sin siquiera notar su presencia o ausencia.

Leía en los consejos de profesores en donde jamás le habían cedido la palabra. Leía el mismo libro una y otra vez, atesorando cada palabra como si se tratase de un libro recién adquirido.

Era el libro que su colega le había dado alguna vez al saber que era su favorito. Ella se lo había regalado porque decía que, de alguna manera, le recordaba al protagonista de esa novela. La historia lo regocijaba y lo hacía perderse en las cartas primorosas que Werther escribía a Lotte. Imaginarse como aquél, apesadumbrado por el desamor, lleno de vida y dolor, porque no había vida sin dolor. Vivir a través de aquellas frases y olvidarse de que al llegar a casa su madre estaría viendo sus teleseries, su hermano chateando y su padre leyendo el diario. Olvidarse de llegar directo a la despensa a prepararse algo que engulliría rápidamente. Encerrarse en su pieza, ponerse los audífonos y escuchar a Schumann, mientras vería en su computador algún video guardado en una carpeta con clave. Untarse las manos con aceite y masturbarse.

Olvidarse de que a la mañana siguiente la historia se repetiría. Leer en el bus el mismo libro. El saludo apenas de uno que otro colega por mera cortesía. Repetir la misma clase cuatro o cinco veces en salas distintas que eran la misma. Caminar por los pasillos, y, sin que nadie lo notara, rozar esas telas azules que lo acercaban a un deseo contenido. Leer mientras los alumnos continuaban

con su vida y quedarse en los recreos firmando el libro, llenando el leccionario y comiendo su sándwich. Sin embargo, sabía que cada día era uno menos. Sabía que su destino estaba unido inexorablemente al de Werther. Cada día era uno menos, lee: «¡Si yo pudiera expresar todo lo que siento! ¡Si todo lo que dentro de mí se agita con tanto calor, con tanta exuberancia de vida, pudiera yo extenderlo sobre el papel, convirtiendo éste en espejo de mi alma, como mi alma es espejo de Dios».